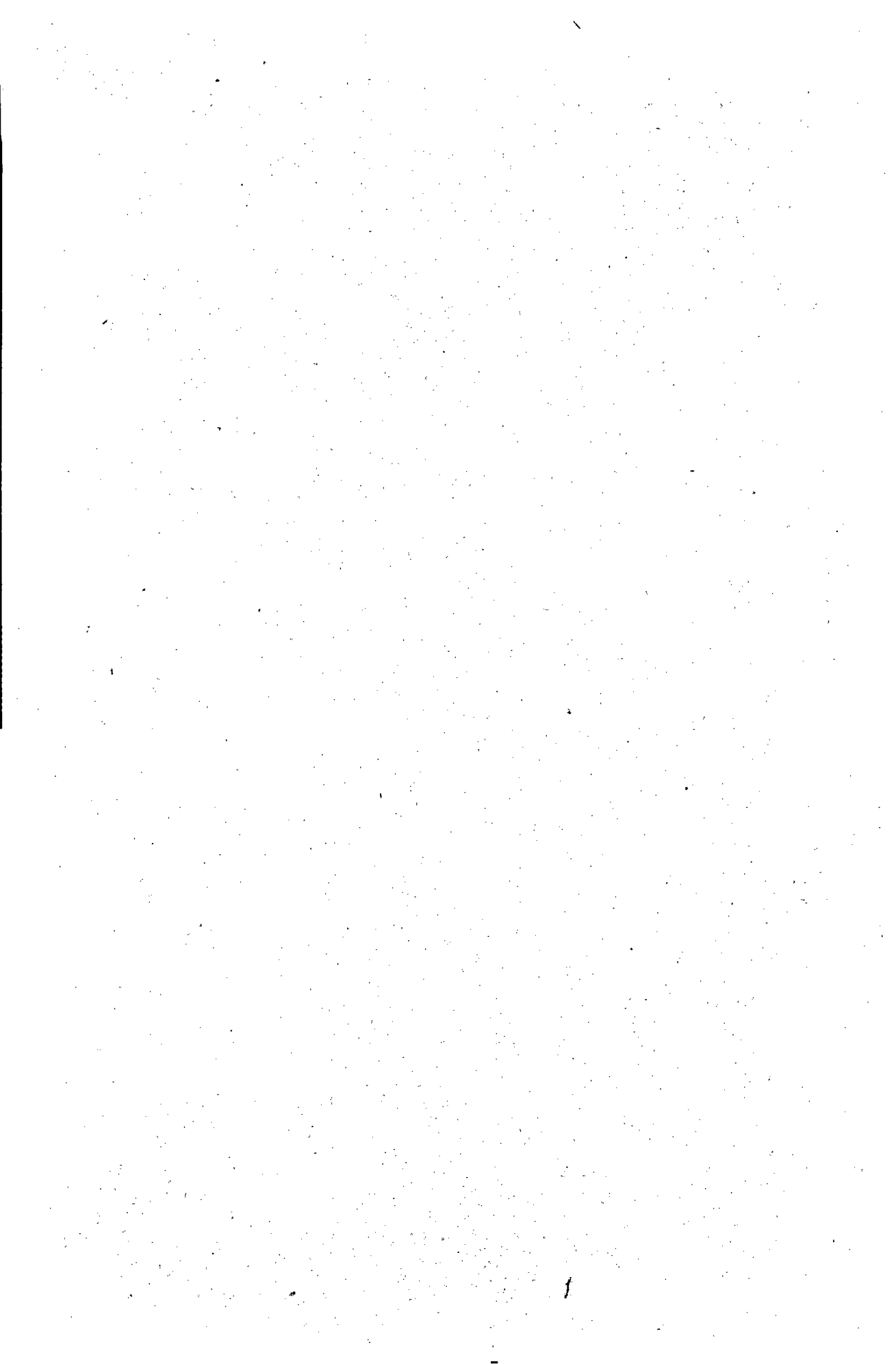


Política - Epistolario

Yáñez



ELIODORO YÁÑEZ

EPISTOLARIO

LA PERSONALIDAD INTIMA DEL ESTADISTA A TRAVES DE
SU CORRESPONDENCIA ⁽¹⁾

LA DIRECCION de *Los Anales* ha recogido estas cartas de don Eliodoro Yáñez, escritas casi todas durante los últimos años de su vida. En ellas palpita viva la prismática personalidad del que fuera gran político, estadista notable y figura máxima del periodismo chileno. Surge, además, la estampa del hombre, en toda su humanidad, en su infinita soledad. Podría aplicarse a él aquella frase con que Taine definió a Carlyle: "Resto de una raza perdida, va por un mundo que no está hecho para él." En su trayectoria de hombre público, no sólo lo guió su talento, sino su fe en los destinos de Chile, en su visión del futuro y su entera consagración a la vida pública, olvidándose siempre de sí mismo para pensar únicamente en el bien común. Sintió dentro de sí la presencia viva de sus ideales y actuó sostenido por esa presencia que constituye la fuerza constructiva de quienes todo lo sacrifican por servir una causa.

La mayor parte de la correspondencia que hoy publicamos está escrita durante sus años de destierro, a raíz de haber sido despojado del diario "La Nación" por la dictadura de Ibáñez, y en ella aparecen, con desgarradora y diáfana claridad, su temple de acero y su fortaleza para soportar aquella prueba que lo desposeía de su más alta creación, esterilizando diez años de esfuerzos, de luchas, de éxitos e inquietudes. Su labor, dentro del periodismo chileno, fué importantísima y señala la reforma del sentido liberal del país y la incorporación de la clase media a la vida pública. Dice Joaquín Edwards Bello en su libro "D. Eliodoro Yáñez, La Nación y otros ensayos." . . . "Eliodoro Yáñez fué un animador, esa es la palabra exacta. Su impulso poderoso quedó vibrando y las obras de sus manos dejaron huellas impercederas . . .

Desde el momento en que fundó "La Nación" se reveló su deseo de innovar, lo cual no le perdonaron los conservadores. El diario produjo cambios fulgurantes. A los artículos aparecidos en sus columnas y, en fin, a su espíritu, se deben: el arreglo del asunto Tacna y Arica y la revolución de 1925, sin cuyo triunfo el pacto Leguía-Ibáñez hubiera sido imposible; las plazas nuevas de la Moneda, la transformación de la vida obrera, etc."

Y escribe Domingo Melfi: "La Nación se inició en plena marejada de la Alianza Liberal y se dedicó a formar y reformar el sentimiento liberal del país. Le tocó vivir entre convulsiones y escombros, entre lo más duro que ha soportado Chile en un paréntesis de veinte años. Es mucho decir. Quizás sea poco, porque a la historia de un diario que en su primera etapa removió tantos prejuicios y asestó golpes tan certeros a las añejeces y a los arcaísmos, va siempre adherida la historia del pensamiento en sus más variadas actitudes. Recuerdo la impresión de ventada, de arremetida que tuvo "La Nación" en el período lento y rumiante de ese tiempo. Fué como una fulguración, como si de pronto hubiera nacido un organismo nuevo y vibrante, con posibilidades y fervores desconocidos. Se movía entre los prejuicios como un cuerpo juvenil y gallardo. Su nervadura era joven y su manera de enfocar los problemas y las inquietudes que por entonces comenzaban a sacudir el sistema arterial de Chile, era siempre distinta de los otros diarios. Se ganó rápidamente el alma pacífica y obesa de las provincias y las comenzó a galvanizar con una intensidad que acaso el propio diario no comprendió.

"La Nación" de entonces tenía una bella independencia. Las jornadas más gloriosas las ganó en el ejercicio enaltecido de la crítica. Por ello fué un diario temido

(1) Los cien años del nacimiento de Eliodoro Yáñez se cumplen el 6 de mayo de 1960.

y respetado; por ello, la zona de su influencia se extendió hasta rincones desconocidos de nuestro país. No era sólo la crítica elevada —nefasta cuando se ejerce por avidez de figuración o por incomprensión de los problemas reales y vitales—, era también la elaboración lenta de un principio de respeto a las virtudes esenciales que sostienen la firmeza de un pueblo, lo que primaba su orientación. Combatió todo lo que simbolizaba inercia, obstáculo, depresión y pesimismo. Fué tan vibrante para lo interior como para lo exterior y en sus columnas encontraron eco problemas que otros diarios, aun muchos de América, no pudieron o no quisieron acoger. Fué el diario de la juventud y el diario del obrero, el de los hombres que habiendo pasado "la línea de sombra" conservan, sin embargo, el espíritu joven y alerta y están dispuestos a vibrar con el pensamiento renovado."

Pero aquel movimiento de renovación en la vida pública, creado por Eliodoro Yáñez, aquel poderoso cauce de ideas nuevas, es decir, aquel hijo de su espíritu, se volvió hacia él y devoró al hombre que lo había forjado. En 1927, el Gobierno de Ibáñez tuvo la idea de apropiarse de "La Nación" en contra de la voluntad de su propietario, quien fué amenazado, si no entregaba el diario, con el exilio de él y su familia, a la Isla de Pascua, y con la confiscación de todos sus bienes. Cercado por los ministros de aquel gobierno de facto, abandonado por sus compañeros de labor, Eliodoro Yáñez tuvo que firmar la escritura que lo despojaba de su obra más querida, y abandonó el país, desterrado por la dictadura. De todas las ásperas luchas, de todas las situaciones angustiosas que puso el destino en su ruta brillante y azarosa, esta última fué la más cruel. Haber creado una gran obra para hacerla perdurar; haber escogido hombres que debían colaborar en la perduración de esa obra, y verse despojado de ella, vejado, al mismo tiempo que esos hombres que levantara él mismo, formándolos en la noble tarea del periodismo, contribuían al infame despojo. Encontrarse solo, sin poder siquiera gritar la injusticia y defender sus derechos.

Fué la dura prueba que debía encontrar al final del camino. Durante cuatro años permaneció en Europa, condenado a la inactividad y sólo volvió a Chile cuando se derrumbó la tiranía de Ibáñez. Sus esfuerzos por recuperar el diario se estrellaron

contra toda clase de obstáculos. Y expiró sin haber podido rescatarlo.

El calvario será siempre la gran lección de la vida. Hay en la historia de este hombre solitario e incomprendido por sus contemporáneos, una enseñanza y un estímulo para todos aquellos que luchan y que sufren sin ambicionar recompensas, sostenidos únicamente por un ideal y por una fe de visionarios.

Estas cartas no dan una idea completa, ni mucho menos, del hombre multiforme, pleno de sabiduría y de armoniosa serenidad, que fué Eliodoro Yáñez, pero muestran matices de su personalidad íntima dignos de ser conocidos y agregan una nota muy humana a la figura del gran orientador que tuvo un elevado concepto de la libertad como idea política y como fuerza de progreso. Emblema de los grandes tiempos, de las grandes doctrinas que hicieron de Chile un modelo de la América Latina, puede decirse de él aquella frase con que supo definirlo Edwards Bello: "Don Eliodoro Yáñez, hombre de Estado, el más brillante y completo de la época actual, pertenece a esa América de Sarmiento, Bello, Alberdi, Bolívar, Rodó, Mitre y Ruy Barbosa, la América del pensamiento, la que tiende a dignificar nuestra condición humana."

I.—A María Flora, su hija.

París, septiembre 12 de 1919.

Mi querida Florita: Hace dos días recibimos varias cartas de Uds. que tu mamá contestará en detalle. Yo quiero sólo decirte cuánta pena me da que hayas estado atormentada con las preocupaciones que me han producido los incidentes de la Misión. No te des dolores de cabeza, mi hijita, porque todo saldrá bien. Mi actitud ha sido de tal modo correcta y me he mantenido tan estrictamente dentro de las instrucciones del Gobierno, que nada puedo temer frente al ataque político que es inevitable.

He leído en "La Nación" las diatribas de E. Zañartu en mi contra y la respuesta del Ministro que me pareció satisfactoria. Me he explicado así los telegramas que Luis Barros me dirigió y que me causaron tan mala impresión. En carta escrita a Pepe le refiero todo esto. Espero que la haya recibido, así como la copia del informe que le remití. Con ese informe y con mis cartas, estarán Uds. bien al cabo de lo ocurrido y podrán ver lo que convenga hacer allá. He sabido que Tocornal envió también un informe muy detallado y minucioso

en que insiste en conocer los gastos de la Misión. Ya en Nueva York pude cerciorarme de que ese iba a ser el punto del ataque. No tienen otro y es de tal modo pequeño que ellos mismos desistirán de seguir adelante en su acometida. Es, sin embargo, este punto el que servirá a la prensa conservadora y a personas como Zañartu y Echenique para atacarme y no ha dejado de pasarse por mi mente la idea de pagar yo de mi bolsillo los gastos de esta misión de Gobierno. En realidad, se ha gastado mucho menos de lo que corresponde a misiones de esta envergadura que tienen una representación decorativa, y los resultados para el prestigio del país y para desvanecer la atmósfera que rodeaba a Chile, han sido excelentes.

El éxito que ha tenido la Misión, primero en Francia, después en Bélgica y Holanda, habrán podido juzgarlo Uds. por las noticias cablegráficas de la prensa. He sido recibido por los Gobiernos europeos con honores rara vez prodigados a un diplomático hispanoamericano. Lo que he sentido, tanto en Estados Unidos como aquí, es cerciorarme de que si hubiera contado, como tenía derecho a esperarlo, con el apoyo de mis colegas y de los representantes diplomáticos del país, los resultados habrían sido mucho más beneficiosos. Teniendo que vencer a cada paso la resistencia de ellos y las dificultades que me creaban, procuré hacer todo lo que estuviera a mi alcance para que la Misión saliera airosa, y tengo la satisfacción de haber conseguido más de lo que era permitido esperar.

No creas que los incidentes de la Misión en Estados Unidos han quebrantado mi espíritu. Nada de eso. Ante las insidias de los hombres, yo hago como el Dante: miro y paso. Sigue mi ejemplo y no te atormentes por los ataques de que soy blanco. La política es así y, para servirla, hay que saber salvar toda suerte de obstáculos. No sólo ocurre esto en política. Dentro de cualquier campo, de cualquier actividad pública, el que entrega su vida y sus actos a la expectación general, debe estar dispuesto a enfrentarse con el oleaje de las más bajas pasiones. Es la ley de las cosas. Y ello no importa porque, más allá de esa marea de pasiones, hay siempre un tribunal mudo, temible y severo: es el juicio íntimo que cada uno, dentro de su conciencia, se forma de los hombres que realizan para el bien común una obra desinteresada. Ese pensamiento colectivo, aunque no se exprese de inmediato, es el que vale y apaga los sinsabores de la política.

Amargos son esos sinsabores y es por ello que pensando a veces en un futuro más o menos lejano, no desearía para mis hijas que se pusieran en la línea del fuego. Las veo demasiado vulnerables a fuerza de sensibles para resistir los huracanes de odio que se desencadenan cuando alguien logra levantarse por sobre la mediocridad. No podrían soportarlos y se destruirían en luchas injustas y esté-

riles. ¿O acaso una fortaleza insospechada naciera en ellas para sostenerlas? No creo. Y es preferible, para ciertos seres muy delicados, mantenerse en la sombra. Lo estás viendo: con la oleada de ataques que, sólo por ser honrosa y alta, ha levantado esta misión que cumplo, ya estás tú deshecha.

No sabes cuánto sentimos recomendarles que suspendieran su viaje a Europa. Comprendimos la pena que habrías de tener, estando como estabas con el ánimo hecho a salir de viaje, pero créeme que te hemos ahorrado pesares y molestias y que es preferible postergar para mejor oportunidad un viaje por estos mundos. Se necesita disponer de un dineral para poder pasarlo agradablemente como en los tiempos en que estuviste aquí. Hemos tomado pasajes en el "Avon" que tú conoces. La fecha de partida está fijada para el 10 de octubre, con aviso de una posible postergación. Esto me molesta, no sólo porque desearía estar en la primera quincena de noviembre con Uds. en Buenos Aires, sino porque me imagino que mientras más se acerquen las elecciones, más intenso se hará en Santiago el régimen de canibalismo político.

Recuerdos y cariños a Pepe y al niño y un saludo a la pobre Naty por su duelo. Para tí, mi querida hijita, mil abrazos de tu viejo

Papá.

2.—*A Marta Flora.*

Madrid, octubre 21 de 1919.

Mi querida hijita: Estos días de España han sido vividos con intensidad y sólo tu ausencia ha impedido que nos sintamos perfectamente contentos. La Misión que presido fué oficialmente invitada por el Rey y hemos recorrido en calidad de huéspedes, de ciudad en ciudad, esta tierra casi desconocida para los turistas sudamericanos y que, al visitarla, me ha hecho el efecto de descubrir un mundo fascinante. Desde Bilbao hasta Madrid, desde Madrid a Andalucía, he ido conociendo la España industrial, la España histórica, la España pintoresca. También, por medio de sus hombres de gobierno, he conocido la España política. Don Alfonso me recibió en audiencia privada, dejándome una impresión extremadamente favorable, no sólo por su gran ilustración y por sus cualidades de gobernante, sino por su sencillez y su simpatía personal que han llegado hasta las multitudes, conquistando el favor público. En la audiencia que me concedió, suprimió con su actitud acogedora todas las rigideces de estas entrevistas protocolares. Fué larga y expansiva la conversación. Después de preguntarme con interés acerca de mi programa de trabajo en la Misión que represento, me expresó su deseo de crear verdaderos vínculos con Chile, cuyas producciones principales le eran conocidas. Me explicó su amplio plan de intercambio comercial entre España y Chile y consideró en sus variados aspectos

tos la negociación del empréstito. Tiene vivo interés en establecer relaciones financieras con los países americanos y demostrar así que Londres y Nueva York no son los solos mercados para buscar dinero.

Me he encontrado también en varios almuerzos y reuniones con el Conde de Romanones, dúctil, elástico, con reales aptitudes para manejar y conocer hombres, fuera de ese tacto especial que se requiere para dominar situaciones complejas y que es un arte del verdadero político. He tratado a Santiago Alba y a Eduardo Dato, este último una de las figuras más en boga del momento español actual y cuya labor en beneficio de las reformas sociales lo anticipa a su tiempo. Muchos otros hombres públicos he conocido y me sorprende en ellos su seria formación intelectual que los levanta sobre el nivel común. Es indudable que en España los hombres de mérito surgen fácilmente sin ser detenidos por prejuicios de cuna ni por el lastre de las vanidades nobiliarias.

En esta tierra, el sudamericano, desde que llega, se siente cómodo. Por todas partes caras amigas, caras que nos parece haber visto desde la infancia. No somos huéspedes aquí, estamos en lo nuestro. Sin embargo, hay diferencias profundas entre el carácter y el ambiente españoles y chilenos. Desde luego, el temperamento español es más espontáneo y expansivo, más alegre. España está llena de música, en las ciudades y en los campos, a todas horas y en todas partes. De cada rincón brota un canto popular. Puede decirse que hay dos Españas: la de los vivos colores, colmada de canciones y de danzas, de flores, de chulas y de corridas de toros; y la otra, seca como el suelo de Castilla la Vieja, que ha dado al mundo hidalgos altivos y duros, héroes y santos que mueren por su credo. Fuera de eso, la España católica y la España morisca se entremezclan, se confunden a través de sus tesoros y de su Historia. Las admirables catedrales católicas y las viejas basílicas árabes nos cogen con su arte y con su fuerza.

He frecuentado a varios artistas, entre ellos a los pintores Sorolla y Zuluaga que me han invitado a sus talleres. Franco, abierto y placentero el primero, está muy de moda en España, pero no tiene el interés del otro que semeja un monje solitario y enigmático.

Las horas más impresionantes que hemos vivido en este viaje han sido en el Convento Santa María de la Rábida, durante la ceremonia que se realizó para celebrar el descubrimiento de América. La fiesta tuvo la trascendencia de un acontecimiento hispanoamericano. En medio de aclamaciones entró la Misión al Puerto de Palos y fuimos llevados en triunfo ante el altar en que Colón oró antes de partir hacia lo desconocido. Después hablé a una multitud vibrante que aclamaba a Chile, a España, a la Misión chilena. No sé qué palabras dije; sólo

recuerdo que, a la salida del templo, cientos de mujeres se arrodillaron a nuestro paso y besaron la orla del vestido de tu madre y de tus hermanas. Fueron horas intensamente vividas.

Y no me conformo de que no las vivieras con nosotros. Tú y Pepe nos han hecho mucha falta. Pero ya vendrás, mi hijita, y conocerás España lentamente, de pueblo en pueblo, de rincón en rincón, como conociste Italia. Mientras estamos con Uds. en Chile, reciban un gran abrazo y el deseo de que se sientan felices.

Eliodoro.

3.—A Joaquín Edwards Bello.

Santiago, enero 9 de 1925.

Mi distinguido amigo: En la imposibilidad de verlo hoy, le escribo rápidamente unas líneas para agradecerle las expresiones excesivamente benévolas con que en su artículo de esta mañana se refiere a mi persona; y para manifestarle mi plena conformidad con los términos con que Ud. ha caracterizado en ese artículo y en otros anteriores la situación política del país.

Como Ud., creo que en los círculos santiaguinos hay una profunda incompreensión del movimiento universal de la democracia y del estado de nuestro propio país. Levantar hoy una candidatura presidencial como concreción de las tendencias oligárquicas-conservadoras, es atentar contra la tranquilidad futura de la República. No bastarán para apartar este peligro las cualidades que reconozco en el ciudadano que tan fielmente refleja la colectividad política que acaba de proclamarlo su caudillo.

Es de temer que esta actitud espontánea e innecesariamente contenciosa de la Unión Nacional, pueda rebotar sobre las propias clases conservadoras que han desplegado tal bandera, porque ellas tienen grandes intereses ligados al orden y a la evolución tranquila de las ideas liberales y democráticas. Contrariar o pretender detener este impulso natural de los pueblos hacia su desarrollo y hacia la expansión de legítimas aspiraciones populares, es como poner débiles compuertas en un cauce de impetuoso torrente.

No habrá hombre juicioso que no lo comprenda si no tiene ante los ojos la venda de la pasión partidista. El sentimiento democrático y liberal, el sentimiento popular, se ve atacado de frente. Se levanta en su contra la espada vengadora y se cree posible dominarlo precipitando una lucha apasionada y violenta. Los resultados serán desastrosamente contraproducentes.

No dudo que el propio Gobierno, compuesto de hombres respetables y en su mayoría afectos a las filas de la Unión Nacional, se hallará a estas horas bajo la persuasión de que los acontecimientos pro-

ducidos por el dictamen de convencionales del 8 de enero, les crea un difícil papel, porque llamados después de una revolución colmada de peligros para restablecer la tranquilidad constitucional, su misión se verá esterilizada, si no contrapuesta, ante este intento de preparar nuevas perturbaciones que afectan y comprometen el sentimiento de estabilidad, el anhelo de bienestar y de trabajo eficaz y pacífico, que es hoy el concepto más arraigado en el ánimo de todos los pueblos.

En realidad, debe ser ingrato para el país sentirse distraído en esta forma de sus preocupaciones más apremiantes. La lucha ardiente a que se le invita no vendrá sino a reagrar la situación que trajo la revolución de septiembre. La crisis económica, expresada en todos los instantes por la carestía de la vida y el descenso del valor de la moneda, el malestar obrero tan intenso como justificado, las perturbaciones del comercio y de los negocios, son hoy el punto crítico y el problema más urgente de la época actual. Y perseverar en esta situación, sin cuidarse de servir sino conceptos meramente políticos, desentenderse de los problemas económicos y sociales que predominan hoy en el mundo entero, es un fenómeno de incompreensión sólo explicable por el aislamiento en que vivimos.

Cerrando los ojos a estas realidades, se ha preferido la contienda áspera y ardorosa, provocada a designio. Y cuando sentimos que la revolución de septiembre no logró resolver la situación ni crear un régimen estable, se arroja el guante de desafío, entre arengas de guerra, en el escenario de un teatro.

El guante debe ser recogido por los partidos de base popular. Contra ellos está dirigido y son ellos quienes deben buscar al hombre que encarne sus aspiraciones y sea el intérprete de sus derechos, sus necesidades y sus esperanzas. Es el país, es la cordura nacional, es el instinto de su propia conservación el que debe recogerlo y designar al ciudadano que habrá de confiar el triunfo, no a su influencia personal, sino al robusto impulso de los anhelos populares y a la fuerza incontrarrestable de una democracia que siente su evolución amenazada o detenida.

Porque en realidad no se concibe ya la lucha de un patriciado que hizo su obra y su época en la primera etapa de la República, en contra de las nuevas orientaciones, las nuevas necesidades y los nuevos conceptos que el desenvolvimiento de la sociedad moderna ha planteado ante los gobernantes de todo el orbe.

El mundo está hoy dominado por necesidades económicas. De ellas han nacido fuerzas nuevas que hacen ya estériles estas tentativas de reacción oligárquica en una República pobre y alejada de los grandes centros de civilización, en que hay gen-

te que sufre o vive miserablemente en la incultura y el atraso. Los problemas de la producción, la distribución y el consumo de la riqueza, valen hoy más ante el ánimo de los pueblos que esas tradiciones nobiliarias que se invocan como tesoros de familia y que, aun en los ambientes europeos, saturados de atavismos monárquicos, serían acogidas con risueña ironía.

El fenómeno más trascendental de los tiempos modernos es la admisión de las clases populares a la vida política. El liberalismo lo ha realizado por doquier y Chile no es en este movimiento una excepción. Esta evolución ha concluido con las castas, los privilegios y los autoritarismos, y ha elevado los problemas sociales, que son en gran parte problemas económicos, al primer plan de las obligaciones del Estado.

Y tanta es la fuerza de esta verdad, que ya verá Ud. cómo los mismos que han alzado la "espada vengadora" de la reacción oligárquica, tendrán que presentarse ante el pueblo revestidos de otro ropaje y hablar en un sentido enteramente distinto del que dominó en la Convención.

Mi actuación en el día de hoy se concreta a reorganizar las fuerzas políticas. He creído y creo que después de un trastorno institucional, lo único que puede asegurar las libertades públicas y las instituciones civiles es esto, porque un país que carece de fuerzas políticas organizadas cae fácilmente en la anarquía o el despotismo.

Es también ésta la mejor manera de obtener que los partidos políticos chilenos realicen la evolución que los acontecimientos exteriores vienen imponiendo. Nuestra incuria, nuestra incapacidad gubernativa, nos hacen asistir a la formación de una nueva lucha de clases que se manifiesta ya en las asociaciones gremiales que hoy se juntan impregnadas de amargura por el abandono en que se mantiene a las clases trabajadoras y por la falta de un verdadero concepto de la justicia social.

En todas las sociedades organizadas existen aspiraciones hacia nuevos ideales; el mundo se transforma a nuestra vista y los partidos hablan ya un lenguaje que no tiene eco en las almas ni corresponde a las necesidades del presente. Seguimos obrando con arreglo a una concepción anticuada del tiempo y de la vida, porque nuestras estériles luchas políticas no nos han permitido ver lo que ocurre en el exterior.

De aquí nace esta crisis de unidad, de dirección y de disciplina que yo estoy empeñándome, un poco estérilmente, en combatir.

Esto mismo lo he dicho cien veces, clamando en el desierto ante los intereses personales que se agitan y dominan en Santiago, y que el electorado nacional no acierta a calificar debidamente, porque aparecen envueltos en el amplio ropaje del interés general, tan fácil de expresar en palabras como de servir en realidad.

Pero, repitiendo lo que alguna vez he expresado, le digo que yo habré de servir estos ideales en el Gobierno o en la oposición, en la prensa o en el Congreso, con la convicción profunda de que el mayor bien que puede hacerse al país es disminuir el número de sus partidos políticos, fortalecer la adhesión a las doctrinas y darles orientaciones nuevas para atender a las exigencias de la vida moderna. Y no habré de aceptar situación alguna que produzca el caos, que aumente la desorganización, que agrave esta crisis de dirección, de autoridad y de disciplina en medio de la cual la estabilidad y la prosperidad de la República tienden a desaparecer.

Seguramente estas ideas serán mejor apreciadas en las provincias que en Santiago. Descartes decía que el sentido común era el sentimiento más esparcido en el mundo, pero el gran filósofo francés no conocía estos círculos santiaguinos tan fértiles en arbitrios para distraer de sus grandes rutas el buen sentido nacional.

Afectuosamente suyo.—*Eliodoro Yáñez.*

4.—*A María Flora.*

Monte Carlo, Noel de 1928.

Mi hijita Florita: Aprovecho este día, que es día de esperanzas, para enviarte a tí y a todos los tuyos mis votos de felicidad y mis deseos de que el año que va a empezar sea menos atormentado y más tranquilo que el que termina. ¡Quiéralo Dios!

Cuando miro hacia atrás, veo claramente que el golpe que yo recibí en julio de 1927 me tuvo a las puertas de la muerte. No me di cuenta yo mismo de mi mal, ni nadie lo comprendió. La navegación, que siempre ha sido tan favorable para mí, no logró curarme y llegué a Europa en un estado del más absoluto agotamiento de fuerzas y de espíritu. Me veo en ese tiempo como si hubiera sido un sonámbulo. Poco a poco me he ido reponiendo, aunque tomando diariamente mis obleas de amargura y de pesares, y mi físico al menos se mantiene bien, experimentando cierto agrado en sentirme dulcemente envejecer.

Me cuido lo más que puedo, no hago ningún desatino, fuera de dejarme llevar, con demasiada frecuencia, de las preocupaciones que nunca faltan, y me mantengo en un aislamiento que procuro hacer agradable. Los viajes me han distraído mucho. Al principio viajaba por cambiar de ideas, hoy lo hago por buscar climas.

París está en esta época en la plenitud de su animación, pero siguiendo los consejos del médico que consulté en Berlín, he preferido arrancar del invierno que era agudo. Sabrás, sin duda, que el frío y la nieve han alcanzado proporciones excepcionales en Europa. Hasta 18 grados bajo cero en París, hasta 20 en Berlín, más de 40 en Checoslo-

vaquia. Y aquí estoy, entre aburrido y agradado, con un tiempo fresco y tal vez traicionero, pero con un hermoso sol de invierno que no calienta y que todo lo ilumina y embellece. Noto que Monte Carlo ha perdido mucho desde hace años. Es ahora una estación de reposo y salud, sin más entretenimiento que el juego, que no me tienta, y el teatro que en la gran temporada es muy bueno. Pero ya no hay lujo, animación ni fiestas. Yo ocupo una buena pieza con balcón sobre la plaza del Casino y esto me da una sensación de vida y compañía que compensa la carestía de estos grandes, suntuosos, y en el fondo, tristes hoteles.

Ya tienes un resumen de mi diario vivir. Me ocupo actualmente, para distraer mis ocios, en arreglar mis papeles y revisar mis discursos. No puedes imaginarte cuánto bien me hiciste con manifestarme interés por recopilarlos y publicarlos. Me sentí estimulado y me vino la idea de corresponder a tan cariñoso pensamiento. Antes lo había tal vez pensado, pero no me sentí con fuerzas para hacerlo. Te agradezco, pues, esta poción de cordial que me has dado. Espero que la cuerda me dure y no me quede a medio camino. Nunca he podido dictar y he debido trabajar solo, escribiendo borradores que yo mismo corregía para hacerlos sacar en limpio. La presencia de una persona en mi sala de trabajo, me perturba, me angustia y me paraliza.

He leído el discurso que escribí para incorporar-me a la Academia Chilena y que trata especialmente de las libertades públicas y condena los sistemas de gobiernos despóticos y de fuerza. Tú sabes que en vista de la resonancia que tal discurso habría tenido y de sus consecuencias, atendida la situación de dictadura del país, la Academia me incorporó en sesión privada con fecha 18 de junio de 1927. (Tú estabas en Europa). Un mes después, aún sin ser publicado el discurso, yo era deportado y se me arrebataban mis bienes. Con discurso, estaría pasando la Pascua en Pascua.

Yo no tenía entonces, como no la he tenido después, la intención de atacar al Gobierno. Hablaba como hombre público y exponía mis ideas con franqueza. Domingo Amunátegui, que debía recibirme en la Academia, comprendió con mayor juicio que yo, que éste iba a ser el estallido de una bomba, que podría acaso derribar a la Academia misma o al menos causar sinsabores al Arzobispo, su Presidente, a quien debo tanto cariño y respeto, y fué él (Amunátegui) según creo, el que gestionó o aconsejó la recepción privada, de lo que hoy me alegro mucho.

Ahora me ha venido la idea de publicar el discurso, es decir, de hacer un folleto, porque creo que vale la pena. A veces, sin embargo, me desanimo y me pregunto con qué objeto hago estas cosas. ¿Qué interés hay en que escriba o publique un discurso? Todo esto me suena ya a un pasado muerto y que tardará largo tiempo en renacer. Además

me detiene el que pueda dar lugar a vejaciones si, como es inevitable, cae un ejemplar en manos del Gobierno. Toda mi conducta aquí ha sido evitar que cualquier acto o palabra mía pueda tener repercusiones penosas en mi familia y creo haberlo conseguido. Si publico el discurso se pensará, no sin fundamento, que es hoy más que antes un formidable ataque al Gobierno. Estoy, pues, como la chica de la poesía de Campoamor y te pregunto: ¿lo publico o no lo publico?

Entre mis preocupaciones hay que contar las que me han dado los temblores de Chile. ¡Nada en el país es estable, Dios Santo, todo tiembla, desde las bases profundas de la tierra hasta los cimientos de la vida pública y constitucional! Me imagino mil aflicciones y no pocos perjuicios, especialmente en las casas de Lo Herrera, donde creo que los habrá encontrado el terremoto de Talca. Pienso sobre todo en tu mamá y en Luisita que tanto se afligen con los temblores.

Tu última carta, escrita en un hermoso papel violeta, me trajo como una racha vital y animosa. Conserva ese estado de ánimo, mi hijita, y no vuelvas a entristecerte. Recuerda a esos condenados a quienes el Dante pregunta: "¿Y vosotros, por qué estais aquí?" y ellos responden: "Fuimos siempre tristes bajo un sol radiante..."

En este momento me llegan del hall de abajo los acordes del Adagio de la Patética que comienza la orquesta. No la puedo oír sin un sentimiento lleno de melancolía que me hace abrazarte desde aquí, mi querida hijita, con el cariño y la emoción de unos días siempre presentes en mi espíritu.

Eliodoro.

5.—*A Gabriela, su hija.*

París, noviembre de 1929.

Mi querida hijita: Recibí su carta del 15 de octubre que me ha producido algo así como una pena dulce y amarga. Lo primero porque me emociona el cariño con que Ud. me dice que vaya a Chile a pasar unos días. Créame que lo deseo en el alma y me entristece profundamente la idea de no volver a verlos a todos Uds, quién sabe hasta cuándo.

Y, por otra parte, me amarga la existencia verme expatriado, robado y vejado más o menos en la forma en que lo han sido los miles de exilados rusos que se encuentran por todos lados en París. Yo sé bien que, en las situaciones anormales de un país, como se ha visto siempre en el curso de la Historia, estas cosas son frecuentes y en peores condiciones que las mías; pero no se ve que ocurran sin causas políticas, sin obedecer a esa obsesión de defenderse que es la característica de los gobiernos de facto. Yo he sido atropellado sencillamente para apoderarse de mis bienes; es un robo hecho por la autoridad pública.

Esto me produce un profundo distanciamiento de mi pobre Chile, el deseo de no ver ni saber nada de lo que hacen los usufructuarios del régimen y de estar lejos, lo más lejos posible.

Vivo, sin embargo, con el recuerdo de mi tierra y con el anhelo de ver alguna vez restablecida una situación normal de legalidad. No deseo ningún mal a los hombres que tantos males han hecho, sino que ellos puedan devolver al país su situación de tranquilidad y seguridad para las personas y los bienes.

Yo nada puedo hacer ni nada tengo que hacer en Chile, ni aun el trabajo que ha sido en mi vida una pasión dominante. Sería, pues, allá un sobreviviente que va a vivir o a establecerse en el lugar del cadalso, como si dijéramos al pie de la horca. Es demasiado duro.

Ni aun puedo dedicarme a trabajos privados o personales, porque todo lo que era mi centro o mi nido está ya deshecho o disperso.

En las situaciones anormales de un país hay siempre sacrificados. Me complace que al menos, de todos los míos, sea yo el número uno.

La abraza con cariño su papá,

Eliodoro.

6.—*A la señora Inés Echeverría de Larraín.*

París, 13 de marzo de 1930.

Señora Inés Echeverría de Larraín.—Santiago.

Mi querida amiga: Al regresar de Buenos Aires recibí su carta, escrita hace ya cuatro meses, y he tardado en contestarla por esas causas imprecisas y sin explicación que, sin embargo, son las únicas que justifican nuestros retardos. Las cartas banales, de negocios, o que se refieren a nuestra vida exterior, se contestan sin demora, pero otra cosa es cuando tenemos que penetrar en ese archivo secreto en que se consignan y guardan nuestros sentimientos íntimos. Y la suya me ha causado este efecto porque me ha hecho mirar hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo; el camino recorrido y el trecho que queda por recorrer. Me habla Ud. en ellas de aquellos sucesos pasados que mi viaje a Buenos Aires y la nueva separación de mi familia han renovado con intensidad. "La vie se compose d'adieux, decía Chateaubriand, et c'est pour cela qu'elle est triste." Y la muerte de seres queridos que Ud. ha sufrido ¿qué otra cosa es que los adioses de un viaje que no tiene regreso?

Sus palabras me estimulan porque tiene Ud. una comprensión delicada y penetrante que me hace ver con claridad muchas de esas cosas que se sienten sin precisarlas. Y, más que ellas, su ejemplo es un gran estímulo, al verla emprender animosa una obra tan trascendental como es la "Evolución espiritual de Chile". Hace poco tiempo hacíamos recuerdos de Ud. con Francisco García Cal-

verme. Veía que después de la revolución, dado el estado de cosas existentes, el diario estaba a merced de Dávila por sus vinculaciones con los elementos directivos del movimiento. Esto era una garantía y un peligro. Creía yo que la confianza que le otorgaba era lo que mayor fuerza tenía en él. ¿Y cómo no confiar? Me debía todo lo que era. Sin mí habría vegetado su vida entera en un modesto empleo de "El Mercurio", para llegar tal vez a jefe de crónica. Y yo lo consideraba de tal modo vinculado a la empresa, que para mí se identificaba con el diario. Sin embargo, hoy estoy convencido de que Ramírez obró de acuerdo con él y que sin su intervención nada habría podido hacerse. Hay en su conducta tal fondo de ingratitud y de indignidad, que subleva el alma.

Y como él ¡tantos más! No sé qué mala condición tengo yo que me hace ser presa fácil de los bellacos que se me acercan. Inés dice que son cosas del plano astral y consecuencias de vidas remotas. Yo creo que soy excesivamente confiado y algo "naif" y que vivo por el pensamiento en un nivel superior o inferior a las realidades y a las miserias de la vida. Por eso en mis cartas a Pepito procuro precaverlo contra la ingenuidad y hacerle ver que cada hombre es un combatiente en la "struggle for life" de que habla Spencer y que se requiere ojo alerta y tener siempre las armas al alcance de la mano. Mayor fuerza posee el que puede dañar que el que puede dar y no sabe defenderse.

Ya ves, mi hija, cómo con un párrafo de tu carta me he puesto a desvariar. Vuelvo a ella. La agitación estudiantil y los temores de revuelta de que me hablas, no me extrañan. Mientras te escribo llega confirmada la noticia del intento y fracaso de Concepción. A juzgar por los telegramas publicados era cosa de locos, suficiente, sin embargo, para agravar la inquietud del país y dar ocasión a persecuciones y medidas de rigor que restrinjan aún más las libertades individuales. El Gobierno no comprende que es él mismo quien provoca y estimula la reacción. Empezó por formarse con un personal inepto y maleante, que ni siquiera conocía el respeto a la propiedad privada, base de la sociedad moderna y única garantía contra el avance comunista en el mundo entero. Como natural consecuencia, estranguló la prensa, suprimió las libertades públicas y entregó el manejo de las finanzas a un malvado. (Trabajo le costará a Philippi, que es un hombre de bien, poner orden en la Hacienda Pública). Todo eso tontamente, inútilmente, sin plan, sin método y sin cabeza.

El país está ya como los Atridas de la Grecia mitológica. Y, tal como en Buenos Aires, será la juventud la que cambie este estado de cosas si el Gobierno no abre los ojos y se modifica a sí mismo. La eliminación de la inteligencia y de la experiencia en el Gobierno de un país, hace nacer

fuerzas que de un modo inevitable llevan a la rebelión. El temor es que de ahí caigamos a la anarquía.

La última vez que vi a Ibáñez fué en la tarde del día de su elección. La conversación fué larga e interesante. Luis Barros llegó a sus comienzos y participó en ella. Te contaré un solo punto, ya que tú me hablas de que yo escriba mis memorias. Después de analizar la situación y de apoyar sobre los deberes de apaciguamiento y de concordia que ella imponía para restañar las heridas y volver a la normalidad —cosas todas en que el Presidente se manifestó de acuerdo—, yo le dije que él era tan feliz como Octavio, pues tomaba el Gobierno en un momento de cansancio y de anhelo de paz que todo el país sentía sin distinción de clases ni de partidos, y que ésta era una enorme fuerza para facilitar su tarea, porque le permitía contar con el concurso general. Ibáñez asintió en términos satisfactorios y aun habló de suspender las deportaciones y poner fin, salvo excepciones sin importancia, a las ya dictadas.

En la noche supe que, por razones que todavía ignoro y que nunca podré explicarme, entregaba las riendas del Gobierno al hombre más inepto y, contra toda conveniencia, mantenía la Hacienda Pública en manos tan inexpertas e incapaces como atolondradas y suficientes. En la charla de "La Nación", cuando llegó esta noticia, dije refiriéndome al país: "Estamos perdidos. Nada hay que esperar ni nadie está seguro. Si el Presidente conoce la situación, le falta el conocimiento de los hombres, sin el cual todo Gobierno va a un inevitable fracaso." No sé si estas palabras fueron llevadas a la Moneda, pues ya se vivía en el período de las delaciones.

Volviendo a la expedición de los Marmaduques, hay en ella un fondo de idealismo y de arrojo personal caballeresco, digno de mejor suerte y que sin duda causará impresión en el país. Los ánimos, estimulados por las revoluciones triunfantes en tres países vecinos, van a acentuar y a fortalecer el espíritu de rebelión que es la forzosa consecuencia de haber suprimido las libertades públicas. Se me imagina que los Marmaduques han sido traicionados o han contado demasiado con seguridades que no existían. Si son fusilados, como se asegura en cablegrama publicado hoy, los días del Gobierno son contados y caerá a corto plazo.

Yo admiro el arrojo de estos revolucionarios actuales y futuros, pero francamente no tengo hechas de conspirador. El conciliábulos secreto, la confabulación oculta, no entran en mi espíritu ni están de acuerdo con mi temperamento. Por eso, nunca en política figuré en círculos o fracciones, ni en intrigas o trampas, lo que explica que nunca tampoco se hayan formado a mi alrededor sindicatos de intereses ni haya contado con amigos complacientes entre los políticos. Y por ello, también,

cuando he recibido un golpe, nadie se ha sentido amenazado. Muchos consideraron egoísmo lo que era un distinto concepto de la política.

Ahora mismo, para apreciar lo que pasa en el país, prescindo sin esfuerzo de mi situación personal y juzgo los acontecimientos con el criterio de la Historia que mil veces ha contemplado situaciones análogas con consecuencias como las que habrán de venir. Porque es inútil esperar otra cosa: cuando un Gobierno suprime las libertades públicas, tiene que vivir en tembladera. Y el gran peligro para el país y para la tranquilidad colectiva, para las personas y para los bienes, se produce cuando este estado termina y se intenta pasar a un régimen normal de libertad y de respeto al derecho. Es la hora de la liquidación de los errores del pasado. Créeme que esto me preocupa enormemente. Ha habido tal locura de gastos inútiles y de empréstitos innecesarios, que parece que nadie en Chile pensó en la crisis económica mundial que desde hace tiempo se preveía. El presupuesto de gastos creo que alcanza más o menos a \$ 150.000.000 y la deuda pública que en tiempo de Sanfuentes era de £ 40.000.000, sube ahora a cerca de £ 100.000.000. Y esto en medio de una crisis mundial grave, porque es la restricción y a veces la supresión del poder comprador. Y, como la producción no se detiene ni se restringe en la misma proporción, y la mano de obra baja, resulta un desequilibrio que afecta las finanzas públicas y privadas. La propiedad y todos los valores bajan, la rentabilidad disminuye, los impuestos se hacen excesivamente pesados, la vida encarece y se complica, los negocios se perturban. El remedio más urgente es una feroz disminución en los gastos. Esto no siempre es fácil en la vida privada. Y en la situación actual del país es peligroso para la vida pública. El Gobierno no tiene la autoridad moral ni tendrá la energía de hacerlo, porque temerá las consecuencias para su estabilidad.

Temo mucho que esta situación se prolongue más de lo que hoy se piensa. En Chile hay pocos medios de contrarrestarla y nada se hizo por prevenirla o atenuarla.

Aquí en Europa tiene ramificaciones y repercusiones muy variadas. En el orden financiero y en el de los negocios bursátiles, ya bastante estropeados por los sucesos de New York, se complica con la situación internacional que, a pesar de los esfuerzos de Mr. Briand, se hace cada día más oscura. El triunfo electoral de los nacionalistas en Alemania y la intensa campaña por modificar el tratado de Versalles, unida a la agresiva actitud de Italia en contra de Francia, han hecho nacer la intranquilidad para el porvenir. La idea de la revisión de los tratados encuentra entusiasta acogida en Alemania, Italia, Austria y Hungría, y ella lleva envuelta una franca hostilidad hacia Francia,

Polonia y Rumania. Agrégase la indiferencia de Inglaterra, cada día más tomada por sus problemas internos, y la posibilidad de una inteligencia de Alemania con Rusia que, al parecer, Italia no mira mal.

Nada hay grave todavía, a mi juicio, y nada hace temer por ahora una guerra, pero se sienten los efectos sobre los negocios y el mercado de valores. A mi ver, Italia sólo hace un juego peligroso para ser considerada una gran potencia e influir en la diplomacia europea a favor de sus intereses. Y me parece que el día que el Gobierno ruso arme un gran ejército, la rebelión será inevitable. Pero, repito, el malestar existe, y esto ahonda y prolonga la crisis.

Hay que precaverse. Nadie sabe lo que va a venir, pero no será una era de vacas gordas. Disminuir gastos para ser menos débil en los momentos de debilidad general, me parece de todo punto indicado. Y no creas que en lo que avanzo, tanto respecto de la situación general como de la política del país, hay pesimismo; es sólo la apreciación razonada del estado de cosas existentes con su lógica inexorable.

Y todo esto que te vengo diciendo me hace pensar de nuevo en tu film mudo y en la banda de facinerosos que me robó el diario y esterilizó diez años de esfuerzos en servicio del país. "La Nación", inspirada y dirigida por mí, hacía una obra precursora, encaminada a atenuar los males que toda dictadura engendra, a evitar nuevos trastornos y golpes de fuerza y a mantener las tradiciones de buen gobierno y de servicio público, pensando, como decía Thiers, que "para salvar una revolución es preciso precaverla de sus excesos: los de la calle y los del uso abusivo de las instituciones". Preparar la vuelta a la legalidad en condiciones de que ella no encontrara el país destruido, las instituciones desprestigiadas, el espíritu público desmoralizado o corrompido, y los hombres de valer dispuestos, inutilizados o desacreditados. Porque el progreso de un país representa la acumulación incesante de grandes y de infinitos pequeños esfuerzos que se pierden en la prolongación de un régimen dictatorial. Los que me despojaron del diario, obraron por pasiones mezquinas y mezquinos intereses personales y no comprendieron el interés del país y del propio Gobierno.

Y basta. Con nadie hablo de estas cosas, pero a veces siento la necesidad de desahogarme. Y si ahora lo hago contigo es por la impresión que me ha causado tu carta y porque tú me comprendes y sabes apreciar lo que digo y siento.

Hace pocos días he estado con Josefina Martínez, hija, como sabes, de don Marcial. Naturalmente hablamos de él y de ahí pasamos a su biblioteca, cuya suerte me interesaba. Me contó que la conservaban como una reliquia y que Marcial

había habilitado el piso bajo de su casa para instalarla. Yo pensé en la mía, no muy inferior a la de don Marcial, y me ha venido la idea de que es mejor mantenerla encajonada mientras los chicos puedan aprovecharla, siempre que los cajones no sean atacados por sus naturales enemigos, la humedad y las ratas. Una biblioteca necesita alguien que esté sobre ella y se me ocurre que en Lo Herrera, donde se ha pensado colocarla, estará bastante abandonada y expuesta a la intemperie y al polvo. Hay en ella muchas y buenas obras de todos los tiempos, difíciles de reemplazar; clásicos antiguos como Homero, Demóstenes, Cicerón, y las "Vidas Paralelas" de Plutarco, libro incomparable que ha tenido enorme influencia en el desarrollo histórico del mundo durante siglos. Piensen lo que más convenga.

Te incluyo un artículo de Waleffe sobre la revolución de Buenos Aires. Tiene cierto interés y seguramente no habrá sido reproducido en Chile. Te despaché un montón de libros, entre ellos uno de Paul Valery, que acaba de salir. Para Pepito los "Morceaux Choisis" de Chateaubriand, aunque no soy admirador de Chateaubriand, sino desde el punto de vista literario (hoy están sus obras muy de actualidad, por ser este año el centenario del romanticismo); para Monique y Alfonso los cuentos de Perrault y las fábulas de Lafontaine, fuera de Róbinson Crusoe, que mandé anteriormente. Todo mi pensamiento es para los queridos ausentes y, a cada cosa, o que veo y está a mi alcance, pienso: esto le gustará a Florita, esto a Luisita o a Gabrielita, esto a alguno de los niños.

De nuevo agradezco tu querida cartita y, con muchos cariños para ti, Pepe y los niños, te abraza tu papá que tanto te recuerda,

Eliodoro.

8.—*A María Flora.*

París, diciembre 24 de 1930.

Mi querida Florita: Esta noche es noche buena, noche de Navidad, como dice la canción, pero yo me siento tan descentrado que acabo de aceptar una invitación de Mr. y Mme. W... para ir a pasar el año nuevo en Berlín.

Tu cariñosa cartita del 27 de noviembre, recibida hace pocos días, me emocionó hasta las lágrimas. Todos los que llegan y todos los que escriben dicen lo mismo: que el espíritu de revuelta crece cada día como un torrente que aumenta su caudal. Es siempre así; es la ley fatal de la Historia por la supresión de las libertades públicas. Pero los gobiernos no se convencen de que es imposible detener el torrente con el cedazo de alambres de púas de la dictadura. Al fin las aguas, llenas ya de lodo, arrastran cuanto hallan a su paso y con ello la tranquilidad y el bienestar de

las familias y del país, las finanzas, los negocios y los esfuerzos acumulados de muchas generaciones. Desgraciadamente en estos casos, uno no puede decir como el Dante: "Sguarda e pasa..."

En cuanto a lo que me pides, que me dedique a escribir las memorias de mi vida política, no creo, mi hijita, que encontraría en mí el reposo y la serenidad que eso requiere, ni creo tampoco que podría hacerlo, faltaría como estoy de documentos y entregado por completo al recurso un tanto vacilante de mis recuerdos. Es difícil y a veces peligroso, juzgar el pasado a través de la opaca neblina de nuestra memoria; sólo es posible dar impresiones, es decir, la huella que los acontecimientos nos han dejado. Creo, además, que mi intervención o participación en los acontecimientos de la vida política del país, no tiene el interés suficiente para justificar un libro.

Si escribiera mis memorias, sería únicamente un resumen de impresiones y recuerdos que llegaría a mis nietos, sin otro espíritu que vivir intensamente en su memoria y hacerlos en cierto modo partícipes de mi propia vida, como si me hubieran acompañado y conocido en el curso de ella. Algo les serviría el conocimiento de una existencia que les está tan íntimamente ligada. La vida es, por lo general, una incesante acumulación de esfuerzos y de errores. Es una línea trazada con mano temblorosa y que sólo aparece recta mirándola desde lejos.

Deseo mucho que cultives tu música; es uno de esos recursos del hogar que ayudan a mil cosas en la vida. Deseo, también, para ti y todos los tuyos, muy buenas Pascuas y Feliz Año. Me acordaré incesantemente de ti, de tus niños, de todos los niños. Estas fiestas de acabo de año son ante todo fiestas de niños y por eso tienen un encanto especial y producen cierta melancolía a la distancia. Dan la idea del hogar, alegre y feliz y, aunque en algunos casos no sea ni muy alegre ni muy feliz, es la familia y, en consecuencia, el sentimiento más fuerte y más duradero del corazón humano.

Te escribo rodeada mi mesa de todos los retratos de Uds., que siempre me acompañan y te digo hasta pronto. Todos mis votos de felicidad los acompañan,

Eliodoro.

9.—*A María Flora.*

Villa Igiea, Palermo, febrero 18 de 1931.

Mi querida Florita: Desearía tenerte con todos tus niños en esta Villa Igiea, que semeja un gran castillo normando, edificado en las afueras de la ciudad, en medio de un parque con jardines y terrazas que descienden hasta el mar. La ciudad no vale gran cosa y es grato permanecer todo el tiempo en el hotel, gozando de la vista, con un clima suave y reposante. La bahía se cierra hacia un la-

do por cerros de formas bizarras y alturas desiguales que dejan ver a la distancia trechos de montañas nevadas y del otro lado el mar que se pierde en el horizonte. Los días de sol, Sicilia es de una belleza incomparable. Hace tiempo que yo deseaba visitar esta isla, cuya historia tres veces milenaria y cuyas ruinas, vestigios de los griegos, los cartagineses y los romanos, no carecen de grandeza. He estado solamente en Taormina, al pie del Etna siempre nevado. El hotel es un antiguo convento dominico y guarda su aspecto con el imponente claustro y las piezas que parecen celdas de frailes. Uno se siente aquí lejos del mundo, en pleno reposo. Como Madeira, la Sicilia es un lugar privilegiado para sustraerse a la vida febril de Europa. Esta Villa Igica, sobre todo, con sus terrazas sobre el mar, sus árboles, los naranjos y limoneros cargados de frutos maduros que pueblan toda la Sicilia, es excelente para el sistema nervioso. He recuperado el sueño y la quietud del espíritu. Todos los días trabajo una hora, lo que ya es una gran cosa, pues no había podido hasta ahora sentir ese estado de serenidad moral que nos permite sentarnos frente a una mesa de trabajo.

He leído aquí un libro interesante: "Babitt" de Sinclair Lewis, autor americano. Escribí a Pilo para que te lo envíe desde París. Paul Morand, que prologa la edición francesa, no le dió la significación que yo le doy. El autor, a mi juicio, no ha querido pintar el tipo corriente americano, el tipo standard, sino el hombre —tipo de todos los pueblos y de todos los tiempos— que se esfuerza por sobresalir en sociedad, por alcanzar la estimación y la amistad de las personas que estima mejor colocadas, por jugar un rol que llame la atención, ser siquiera un pequeño personaje, tener ideas y convicciones, y todo eso ahogado por una extrema e inevitable vulgaridad y una falta de firmeza de rumbos que lo hace ser juguete de los acontecimientos. ¡Cuántos "babitt" encontramos a cada paso en la vida!

Ahora que he recuperado cierta serenidad de espíritu, siento que alejarse de un país es como subir a un mirador: los detalles se pierden y sólo se ven las grandes líneas. El divisarlas me demuestra que la avalancha que barrió con todo lo mío, no alcanzó a nublar-me la vista. Pero para mirar bien es menester elevarse sobre sus propios sentimientos y desprenderse de aquellos que apagan las antorchas para que no se vea el camino.

¡Qué llegará a ser de Chile!, me digo con angustia. Hago cálculos, peso probabilidades y sigo con cierta lógica el desarrollo de los acontecimientos que quedaron en marcha. Cuando, a despecho de la voluntad nacional, los gobiernos de fuerza pretenden afianzarse, son derribados en la misma forma en que nacieron o quedan sujetos a eventualidades imprevistas. Duran a veces lo que

el hombre que asume el poder, pero no llegan nunca a constituir un sistema estable y regular. Aparte de la difícil vuelta a la legalidad, empiezan por concentrar en su mano la mayor suma del poder público y por rodearse de hombres mediocres, incapaces y complacientes, como en todo gobierno personalista. Bien pronto se ven arrastrados a usar esos medios que imponen la necesidad de mantenerse en el poder y resguardar el orden, o sea, a suprimir la libertad de pensamiento en todas sus manifestaciones externas y a aceptar la delación para anticiparse a aquellos que quieren defender sus derechos. La Historia está llena de ejemplos de este descenso de los gobiernos de fuerza, aun los mejor inspirados. Séneca dijo estas palabras, aplicables a la Historia de todos los tiempos: "El delirio de acusar, agotó a Roma mucho más que una guerra civil."

Sin embargo, es un fenómeno curioso el que se opera en la mayoría de los hombres: conocen con exactitud la historia de los sucesos lejanos, la historia de los libros, pero no comprenden ni ven la historia que ellos viven. Sólo cuando los hechos se consuman y los males se causan, miden los errores cometidos. Es la clarividencia retrospectiva, tan estéril como perjudicial, porque sólo sirve para buscar explicaciones o señalar culpables. Mi impresión es que se está viviendo en Chile en plena incoherencia, y es precisamente en ese período de los pueblos cuando se incuban fácilmente las ambiciones y las intrigas, los encubramientos ficticios y los grandes desaciertos. Oscuro se me aparece el porvenir. Preveo el pronto regreso de P. Ramírez al Ministerio de Hacienda y el establecimiento de cupos, como en las guerras medioevales.

Pienso como en una bendición en el próximo viaje de tu mamá con alguna de Uds., probablemente Gabrielita. Les tendré un buen plan de distracciones. Quizás vengas tú también. Iré con gusto donde lo deseen. Eso de enclavarte en París como a ti te gusta, o, durante el veraneo, de pasarlo entero en alguna playa, lo puedes hacer mucho más tarde. Es dudoso que a mí me tengas otra vez, porque me voy sintiendo muy viejo. Así es que les digo: hagan un variado programa de viajes para que lo cumplamos juntos. Ya no creo que pueda conformarme con permanecer de nuevo solo tanto tiempo y le escribo a tu mamá que apure su venida, turnándose Uds. cada una para acompañarme.

Voy a buscar el libro que me recomiendas. Todo lo de Rusia es interesante. Ya pronto regreso a Roma para seguir a París, deteniéndome en diversas ciudades, con el objeto de hacer el viaje por pequeñas etapas. Esto de volver a París me hace el mismo efecto penoso con que todas las veces de mi vida saltó de Lo Herrera para regresar a Santiago.

Que las bendiciones del cielo caigan sobre ti y los tuyos en tu nueva casa y que encuentres en ella, si no la felicidad completa, que es siempre "l'oiseau bleu" de la vida, al menos la salud y la paz interior que constituyen el mayor bien que se puede desear.

Con recuerdos a Pepe y cariños a los niños, te abraza tu papá que tanto te quiere,

Eliodoro.

10.—*A Alvaro, su hijo.*

Madrid, abril 15 de 1931.

Mi querido Pilo: Fué una suerte para mí haber venido a Madrid en estos días que marcan la caída de la dinastía y el nacimiento de la nueva República, es decir, el suceso histórico más grande de España desde el restablecimiento de los Borbones.

La revolución empezó ayer en la tarde y puede decirse que ha terminado hoy, pero el entusiasmo popular no decae. Camiones, tranvías, automóviles, carretelas y otros vehículos, siguen circulando por calles y plazas centrales llenas de gente, llevando dentro una infinidad de personas que enarbolan la bandera de 1873, rojo, gualda y morado, y que viven la República y cantan la Marsellesa, con delirio loco.

Desde ayer a las cuatro P. M., en que fué suspendida la bandera republicana en algunos edificios de Gobierno, todo el mundo está en las calles. La Puerta de Sol, la Gran Vía, la carretera de San Jerónimo, la calle de Alcalá y las que las avencinan, son un hervidero de gente, y me dicen que en los arrabales pasa lo mismo. Es una revolución de primavera, alegre y gozosa, que tiene el aspecto de una fiesta nacional. Un número considerable de muchachas y chiquillos que van cantando y viviendo a la República, le da un carácter especial, juvenil y simpático.

El pueblo español ha dado un raro ejemplo en la historia de las revoluciones: nada de violencias, de odios ni atropellos. El comercio y los Bancos están cerrados porque todo el mundo quiere estar en la calle. A medianoche de ayer apareció en la Puerta del Sol un camión con un gran organillo y se hizo plaza para que la gente bailara e hiciera ronda en medio de cantos de ocasión, alusivos a las circunstancias. La época de "Cielito Lindo" en nuestra tierra no tuvo este aspecto de franca alegría y de júbilo general. Los únicos gritos destemplados fueron un estribillo contra el general Berenguer, a quien se le tiene mala voluntad por el fusilamiento de los jóvenes revolucionarios de Jaca, Galán y García Hernández, cuyos retratos eran paseados por todas partes como los mártires de la libertad. Para el Rey sólo se oían los gritos medio cantados, de "Fuera Gutiérrez, se acabó Gutiérrez", que es el sobriquete con que lo han bautizado.

El ejército no ha tomado participación alguna, pero se sabe que simpatiza con la revolución. Es un movimiento general de opinión, manifestado en forma de algarada callejera, lo que ha derrumbado el trono. El Rey, el Gobierno, los elementos monarquistas, no pensaron un momento en la resistencia. Al contrario, la fuerza pública, incluso las policías, no se dejó ver y no hacía falta.

A mi juicio, ha dominado en las elecciones y en el movimiento popular que las siguió, un sentimiento de protesta contra la dictadura que el Rey aceptó durante más de siete años y contra la incapacidad del ministerio Berenguer que le sucedió. El resultado ha sido una sorpresa para todos, incluso los republicanos, porque no se había tomado en cuenta este descontento general.

¡Qué ejemplo para nosotros y, al mismo tiempo, qué vergüenza para nuestro desmedrado país, en que el espíritu público y el sentimiento de la libertad han muerto aun en el seno de la juventud! Aquí se derroca un rey que encarnaba viejas tradiciones y era un hombre de valer y de méritos; allá se soporta un gobernante inepto que no tiene ni lo uno ni lo otro y una dictadura que paso a paso va extinguiendo las fuerzas espirituales del país.

Cariñosamente te abraza,

Eliodoro.

11.—*A Luisa, su hija.*

Berlín, julio 30 de 1931.

Mi hijita muy querida: Desde que empezaron a llegar las noticias de Chile con la caída de Ibáñez y la iniciación de un nuevo régimen, he pensado en escribirle porque todo mi pensamiento estaba en Santiago y en medio de Uds., pero mi emoción ha sido tanta que no sabía cómo hacerlo. A la alegría del presente y la confianza en el porvenir, se mezclaba el recuerdo, ahora más vivo y sensible, de los males que este hombre ha hecho al país y de los que con tanta injusticia y arbitrariedad me hizo a mí. Su fuga posterior, que lo aparta de toda sanción, revela su verdadera fisonomía moral.

Durante más de cuatro años ha dominado el país, sin otra ley que su capricho y el capricho de los hombres mediocres, serviles y defraudadores de que se rodeó. Con ellos ha gobernado sin plan, sin método y sin cabeza, y su dictadura ni siquiera ha tenido la sombría grandeza de las grandes tiranías. Ha desorganizado y corrompido la administración, ha arruinado las finanzas, y empobrecido el país, ha enajenado sin compensación sus riquezas naturales, ha abolido la libertad y las garantías constitucionales, ha violado el derecho de propiedad y perseguido a los ciudadanos, lo ha destruído todo, todo, y cuando ve el despertar del espíritu público y su propia impotencia, no tiene siquiera el

valor de las responsabilidades y su sola idea es ponerse a salvo.

Desaparecido el principal culpable, es de temer que quede sin sanción esta era de vergüenza nacional. Vendrá la puja de los pequeños intereses comprimidos y el afán de los partidarios y usufructuarios del régimen caído, para mantenerse y plejarse.

Todo esto me causa una tristeza infinita, la tristeza del que viera su hogar en ruinas, destruido por un gran ciclón que ha dejado sólo los muros en pie. Porque es el caso de decir como Federico el Grande después de la guerra de Siberia: "Hay que hacer aquí una nueva creación". Tengo, sin embargo, la esperanza que ante la gravedad de la situación del país, se produzca un acuerdo para mantener el orden, evitar disenciones y querellas políticas y elegir para la Presidencia de la República un hombre de carácter enérgico y espíritu de organización que no tenga miedo a las responsabilidades y gobierne por encima de esos esqueletos en descomposición que se llaman los partidos antiguos. Pienso en *Blanquier*, que en cierto sentido ha sido el dedo del destino para producir el derrumbe del antiguo régimen y no veo otro por ahora.

Todos en la familia, reunidos en Berlín, y Pilo desde París, hemos vibrado intensamente con las noticias de los diarios que publicaban un resumen exacto y oportuno; y los viajeros lamentan haber hecho este viaje a Europa que los ha privado de encontrarse en medio de los acontecimientos que en estos días han agitado el país.

Hemos sabido que el Gobierno ha acordado cerrar "La Nación". No podía hacer cosa mejor. Lo digo, tanto por la inconveniencia de mantener un diario de Gobierno, como por no aparecer aprove-

chándose del robo escandaloso de que fuí víctima. ¿Qué va a ser de ella? ¿Va a considerar que el Gobierno la adquirió legítimamente y que puede venderla o arrendarla? Aquí hemos contemplado lo que puede venir y la posibilidad de iniciar un juicio para hacer efectiva la responsabilidad personal de Ibáñez y de los ministros que efectuaron el despojo. Pues, a mi juicio, aparte de la fuerza de que se hizo uso y de la lesión enorme que se me infirió, hay la circunstancia de que el Gobierno no tenía autorización ni facultad legal para adquirirla, y la responsabilidad afecta entonces personalmente a sus autores. No me pongo en el caso de la devolución de la Empresa, porque no se hará. Habría intereses que se considerarían heridos ante la idea de ver resurgir el diario bajo mis manos y que se empeñarían por evitarlo. Pero creo que hay muchos puntos dignos de estudio reposado y completo que conviene ir haciendo desde luego para proceder una vez que haya un Gobierno constituido y una situación normal.

En medio de tantas emociones e inquietudes no dejamos, mi hijita, de pensar en Ud. y de desear que el acontecimiento que aguarda sea tan afortunado como el anterior. Esperamos una niña que lleve, junto con los nombres que Ud. elija, el muy justo de Libertad.

Su mamá, que sigue su régimen habitual y que se encuentra bien, le está escribiendo como lo ha hecho invariablemente todas las semanas. El sistema de violación postal ha terminado y es de esperar que las cartas lleguen a su destino. Con cariños a Pedrito y recuerdos a Alfredo, la abraza su papá que tanto la quiere,

Eliodoro.